



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

**Agora**  
DE PAPEL

**El Porvenir**  
**Cultural**

MONTERREY, N.L. DOMINGO 6 DE MARZO DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

# Destino infalible

¡San Diego!

Carlos A. Ponzio de León

“Creo que la distancia estresa”, dijo Erika. “No te preocupes, se trata de estar tranquilos. Y ya de por sí, con nuestro trabajo y todo... pero fue un gusto”, dijo Gabriel. “Igualmente”, respondió ella. Y se despidieron con un saludo de mano. Cada uno subió a su auto y condujo a su propia casa, con su comprobante para la reparación del auto que les entregó el seguro. La culpa había sido de un tercer auto, una Ram 1500 Limited color negro, que primero chocó el auto de Gabriel, un Jaguar XJR azul oscuro, y lo empujó hasta golpear el de Erika: Un Mercedes-Maybach amarillo. Entre Erika y Gabriel hubo un pequeño pellizco en el corazón que les hizo prestarse la totalidad de su atención. Ella era atractiva, 1.68 de altura, delgada y de una cintura exquisita como la curva de un río que fluye sin sosiego. Él era amante de los gimnasios que abren a las seis de la mañana, decidido a completar su rutina deportiva en hora y media y luego de tomar un baño, sumergir las mejillas y el cuello en una botella de loción Hugo Boss. Luego de orillarse, realizar las respectivas llamadas al seguro y bajar de los autos para medir la intensidad de los golpes, cada uno pensó, cuando se encontraron de frente: ¡Yo te he visto en alguna parte! ¿Dónde?

Había sido diez años atrás. En una convención de la Asociación Nacional de Analistas Financieros celebrada en 2011 en San Diego. Viajaron en avión: Ella desde Florida; él desde Nueva York. Pero ambos eran mexicanos que habían estudiado Maestrías en Negocios, uno en Chicago y la otra en Boston. También tuvieron trabajos en París y Bruselas, en Bancos de Inversión. Pero no volvieron a encontrarse hasta que regresaron a la Ciudad de México y ocurrió el accidente, justo el viernes pasado en el tráfico de Avenida Reforma, hacia Las Lomas.

En San Diego, diez años atrás, habían vivido un romance de un fin de semana. Asistieron a las conferencias y llamaron a sus respectivas familias para avisar que extenderían sus estadías el fin de semana. Quedaron flechados como alambres cocidos por el fuego. Todo fue imprevisto, como tormenta de nieve en pleno mayo. Se prometieron hablarse, pero la distancia hizo su justicia: sufrieron extrañándose durante semanas, con el dolor del secreto que no puede contárselo a nadie. En el rincón de sus corazones, pegado al pecho, se formó un coágulo amargo que constantemente corría el riesgo de extenderse por todo el cuerpo. Al hacer el amor con sus respectivas parejas, pensaban más bien en el encuentro de San Diego. El tiempo también cobró su parte. Poco a poco, la indiferencia emergió del inconsciente e hizo de las suyas, y Erika y Gabriel comenzaron a mostrarlas hacia sus propias parejas, la cual habría de ser correspondida en los meses siguientes, hasta que, finalmente, cada uno de los matrimonios fue arrancado desde sus raíces.

Acostumbrados a la frialdad de los rendimientos de inversión, a los largos y cortos plazos, a los movimientos macroeconómicos de tasas de intereses y tipos de cambio, durante doce horas al día, sin entender que las herramientas que ahora



necesitaban no las encontrarían en los números, sino en sus propios corazones, terminaron por cometer errores que les costaron sus trabajos. Rebajados en 2016 y 2018, encontraron empleo en Europa sin saber que ahora estaban más cerca, el uno del otro. Los despidos ocasionados por la crisis de la pandemia de Covid los obligó a reubicarse en las respectivas oficinas para Latinoamérica, dentro de sus bancos. Así llegaron ambos a la Ciudad de México. Cada uno a vivir a una orilla de la ciudad.

Con cuarenta años de trayecto, conduciendo bajo la tranquilidad de que un accidente automovilístico como el sucedido no mermaba su patrimonio, ni su felicidad, tuvieron el flashazo durante el camino de regreso: ¡San Diego!, exclamó cada uno, silenciando la música en sus autos, recordando el único orgasmo simultáneo que habían tenido durante sus vidas. Un bombazo mental abrió sus esperanzas. La frontera desértica se volvió manantial. El insight para reubicar tropas Texanas a la costa de China porque el dragón aún estaba dormido. Ambos eran traidores que se debían un favor: Una deuda que ahora podía ser pagada con todo e intereses acumulados. ¿Qué buscaba ella, diez años después? ¿Lo mismo que entonces? Recordaron al instante sus nombres que habían llevado grabados durante 10 años. Erika de la Paz y Gabriel Saucedo. Ese viernes por la noche, sabían cómo reencontrarse. Solo había que esperar al impostergable lunes para realizar una llamada telefónica a sus bancos, uno en busca del otro.

NUNCA DIGAS: ¡HOY NO!

OLGA DE LEÓN G.

El invierno se estaba despidiendo con un cielo medio nublado y un venticello que llevaba de un lado a otro las hojas secas, mientras en el árbol de al lado de la casa, los duraznos anunciaban el arribo de la primavera, con una nube de florecillas en color liliáceo que cubrían todas sus ramas: su dueño había hecho buen trabajo: cuidando sus árboles y

regándolos durante las tardes al caer el sol o muy temprano, por las mañanas: pronto vería retribuidos sus esfuerzos.

Nidia había salido muy temprano, a las nueve de la mañana. A esa hora, regularmente estaba preparando el café para tomarlo veinte minutos después, luego se ducharía y calaría unos pants o jeans, los de costumbre y un pullover o jersey muy ligero, no hacía frío, pero tampoco estaba como para salir en mangas cortas. Todo lo cual había hecho ese día antes de las ocho; a las nueve, ya salía de casa y subía a su auto.

Manejó las primeras cuerdas todavía dentro de la colonia, como automática, exactamente así se lo dijo en su mente y reacción, para tomar conciencia de que ya iba en camino, no habría vuelta atrás...

Repitió, ahora en voz baja, “Automata”, y recordó la pintura con ese mismo nombre de Edward Hopper: ¡cómo le gustaban las obras de Hopper!, se identificaba con su simbolismo, su significado, no con los personajes. A pesar de que veces le habría gustado parecerseles: ser reservada, callada, mantenerse en silencio, observar, mirar solo hacia un punto cualquiera y nada decir: “No podía”, nunca había podido ser tan discreta que nada ni nadie la impeliera a abrir su boca y dejar escapar las palabras sin más filtro que el de su conciencia: tampoco deseaba lastimar a nadie.

Ella estaba ya tan dañada, y no era que el mundo o la vida hubiesen sido crueles con ella. No. Nidia había sido feliz mucho tiempo, siempre encontró con quienes compartir, con quién hablar de sus cosas y sabía escuchar cuando se lo requería el momento, o la gente. Pero mucho cambió su vida y su personalidad desde que él la había abandonado sin explicación alguna, sin decirle por qué. Un día, el hombre simplemente se fue, salió por esa misma puerta que ahora ella había salido y, no regresó.

Hoy, anhelaba ser otra, reconstruirse para olvidar. Por eso, esa mañana que Edward surgió en su pensamiento,

Nidia quiso ser un personaje dentro de cualquiera de las pinturas de Hopper, pero, cómo: no lo sabía.

Regresó sobre su conciencia del momento, y manejó cuidadosamente, el trayecto no sería ya mucho, pero aún faltaban varios kilómetros y más de media hora.

La visita de ayer, en su interior, todo le había removido. Se vio de niña en la casa paterna, ayudando a su madre a cocinar, más bien, aprendiendo. Se vio también rodeada de niños, entre ellos sus hermanos menores y algunos vecinitos, contándole historias; todos muy atentos a sus invenciones salpicadas de cuentos clásicos que disfrazaba con sus tejidos multicolores, o en sepia o blanco y negro: Le encantaba verlos atentos, siguiendo su voz y sus ademanes: entonces no sabía que eso sería parte de su vida, por siempre.

Hasta ese día. En el que ella sola, sin la participación de nadie más, tomó la decisión: también se marcharía.

De pronto, dio un vuelco su corazón junto con su auto, que giró en trescientos sesenta grados y se detuvo, intempestivo, parando justo delante del tronco de un enorme árbol que estaba casi a media calle. No hubo destrozos, ni externos ni dentro del auto. Ella salió ilesa, no había llegado a colisionar realmente con el robusto tronco. Fue como si Dios y su Ángel de la Guarda se hubiesen puesto ante el parachoques o defensa delantera, y detuvieran el auto diez centímetros antes del impacto que parecía inminente.

Se repuso del susto, y estando el motor apagado, abrió la portezuela de su lado y bajó. Miró en derredor, nadie estaba en la calle, ni nadie pareció que hubiese escuchado nada. Aliviada de no ser el centro de un evento tal, regresó al auto y lo echó un poco en reversa y continuó manejando, ahora con más calma.

Cinco o seis minutos después, llegó a su destino. Su familia -todos felices y sonrientes- la esperaba a la puerta del cielo con un anuncio en sus manos, que decía: “Nunca digas: ¡hoy no!”



Ayn Rand

Ayn Rand (de nombre real Alissa Zinovievna Rosenbaum) nació el 2 de febrero del año 1905 en San Petersburgo (Rusia) en el seno de una familia de clase media-alta, siendo su padre un farmacéutico de religión judía.

La niñez de Alissa se vio marcada por la revolución bolchevique, a la que se opuso desde su adolescencia.

La economía de su familia se vio muy perjudicada cuando el nuevo gobierno soviético comunista nacionalizó la farmacia de su padre, quien trasladó a su mujer e hija a Crimea antes de regresar a su ciudad natal.

Alissa, ávida lectora y amante del cine desde niña, estudió Historia y Filosofía y Letras en la Universidad de San Petersburgo.

En el año 1924 terminó su carrera y comenzó estudios para convertirse en guionista, pero en 1925 abandonó su país gracias a un visado para trasladarse a los Estados Unidos, en donde se hizo llamar Ayn Rand, nombre adoptado para evitar represalias contra su familia en Rusia.

Ayn se estableció en California, trabajando como guionista y figurante en Hollywood desde mediados de los años 20, entre otros con el director y productor Cecil B. De Mille.

En el año 1929 contrajo matrimonio con el actor Frank O'Connor (nacido en 1897).

A comienzos de la siguiente década publicó su primera obra teatral, “La Noche Del 16 De Enero” (1932).

En el año 1933 escribió su primera novela, “Los Que Vivimos” (1933), ambientada en la Rusia bolchevique, que no fue publicada hasta 1936.

En 1938 publicó la novela corta “Himno” (1938).

Con “El Manantial”, novela escrita en los años 30 que no conoció su primera edición hasta 1943, logró la popularidad literaria.

El libro fue llevado al cine por el director King Vidor con el protagonismo de Gary Cooper y Patricia Neal.

Otro de sus textos más conocidos, “La Rebelión De Atlas”, fue redactado en la década de los 40 y no consiguió ser impreso hasta 1957.

Tras esta última obra, Ayn Rand abandonó la escritura de ficción y se dedicó exclusivamente a sus trabajos filosóficos, creando asimismo una fundación propia.

Entre sus ensayos destacan “La Virtud Del Egoísmo” (1961), “El Capitalismo: El Ideal Desconocido” (1966), “El Manifiesto Romántico” (1969), “La Nueva Izquierda: La Revolución Anti-Industrial” (1971) o “La Voz De La Razón”, publicado de forma póstuma en el año 1989.

Ayn Rand, que sufrió un cáncer de pulmón, falleció en Nueva York el 6 de marzo de 1982 tras sufrir una insuficiencia cardíaca.

Tenía 77 años de edad.

*ad pèdem literae*

*El que hace un favor a quien lo merece, él mismo lo recibe*

Aurelio Teodosio  
Macrobio

Letras de  
buen humor

*¡Hay tantas cosas en la vida más importantes que el dinero! ¡Pero cuantas tanto!*

Groucho Marx

Joana Bonet

## El viento en Chernóbil

“La admiración de la tristeza”, así titula la premio Nobel Svetlana Alexiévich la tercera parte de su célebre libro Voces de Chernóbil, que abre de nuevo tras contemplar las imágenes de los soldados ucranianos pisando el suelo radiactivo de aquella tierra vetada para la vida humana, que se ha convertido en una reserva natural. Muchas casas permanecen abiertas en pueblos fantasma cuyas calles forman parte del bosque. Sus habitantes salieron corriendo cuando era ya demasiado tarde, con la piel a tiras o los pulmones reventados. Recuerdo bien un detalle: para no levantar sospechas de la peor catástrofe nuclear de la historia, el gobierno obligó a desfilar el Primer de Mayo a un grupo de niños en edad escolar mientras el viento, arremolinado de veneno, lamía sus mejillas. Ahora que el

invasor ruso ha tomado la antigua central y domina su sarcófago, los soldados ucranianos deben defender su tierra, aunque esté contaminada. “De algo moriremos”, se decían.

El umbral del dolor de los rusos es más elevado que el del resto, afirmó Alexiévich, que tiene mucho de filósofa fatalista. La eterna contienda en aquella “región fronteriza” —significado literal de Ucrania— sigue centrándose en un imperialismo que busca, escapando al espíritu de los tiempos, el dominio de territorios estratégicos. ¿No decían que las guerras serían en adelante cibernéticas y diplomáticas, pura inteligencia? Y en el año del metaverso vuelven los tanques y los bombardeos, las familias refugiadas en el metro y un éxodo desamparado cuyo primer destino es la nada.



Los ojos de Putin parecen inyectados en una especie de inmortalidad reactiva. Mira parapetado en unas enormes placas de hielo desde las que parece ver claro. Reactivar los reactores de Chernóbil

—que no terminarán de desmantelarse hasta el 2064— también está en su mano. O ¿acaso no pretende que el mundo admire la tristeza que es capaz de derramar con tan solo mover las pupilas?